

# 1

—El hombre, nacido de mujer, corto de días, y harto de sinsabores: que sale como una flor y es cortado; y huye como la sombra, y no permanece.

El reverendo Duckworth se regodeaba en el fúnebre dramatismo de su monólogo al tiempo que rociaba de saliva a los dolientes de la primera fila.

Detrás de Carla, su vecina Mavis Marple, de ochenta y tres años, mascullaba a quienquiera que estuviera sentado a su lado:

—Habla como Loui Spence.\*

Mavis Marple no era la discreción personificada, que digamos. Pese a todo, jamás se perdía un buen funeral, ni una boda. Asistía a todos con la esperanza de ser invitada al convite posterior.

—Deberían haber repartido paraguas entre las personas de la primera fila.

—Chis —intentó susurrar alguien más, aunque el irritado chisteo resonó con idéntica intensidad en la nave de la iglesia.

—Los está duchando —prosiguió Mavis—, con todas esas eses y con esa forma de hablar.

—Tú conoces, S señor, los secretos de nuestros corazones —prosiguió el reverendo Duckworth a la vez que levantaba la mano izquierda hacia el cielo con ademán grandilocuente. Se sentía como Laurence Olivier mostrando el cráneo de Yorick.

Sin embargo, Carla no entendía ni una palabra de toda aquella perorata. Sus ojos, tristes y oscuros, estaban clavados en el ataúd

\* Famoso coreógrafo y bailarín británico. Asiduo invitado de diversos programas televisivos. Participó en la duodécima temporada de la versión británica de *Gran Hermano*. (N. de la T.)

que asomaba por detrás del reverendo. No se podía creer que Marvin, su marido desde hacía diez años, reposara allí dentro. En una enorme caja de madera. Sentía la insufrible necesidad de correr al frente de la iglesia y clavar las uñas en la rendija del féretro para abrir la tapa con el fin de contemplarlo una última vez, de tocar su rostro y decirle que lo amaba. Se lo habían arrebatado demasiado pronto. Se estaba comiendo tranquilamente una empanada de carne de cerdo con salsa de menta en la cocina y, al minuto siguiente, yacía muerto en el suelo del garaje. Carla deseaba leer en los ojos de su marido que sabía hasta qué punto lo amaba y cuán profundo era el vacío que dejaba en su corazón.

—Cenizass a las cenizass, polvo al polvo.

—¿Qué dice de echar un polvo? —preguntó Mavis Marple sin dirigirse a nadie en particular, lo que provocó un revuelo de risitas mal acalladas. Carla, sin embargo, no se enfadó. Los funerales eran un polvorín a punto de estallar. Si la escena hubiera pertenecido a una telecomedia, seguro que a ella también se le habría escapado la risa. No le pasaba desapercibida la comicidad de la situación: el viejo reverendo Duckworth, con su peluquín castaño, tratando de declamar como si estuviera en el escenario del Teatro Nacional, haciendo lo posible por pronunciar todas las eses. Por desgracia, no se trataba de una telecomedia sino de la vida real. Hacía solo una semana, a esa misma hora, ella era la devota esposa de Martin, la mujer que le lavaba los calcetines y, los viernes, aguardaba a que llegara a casa tras una semana de duro trabajo por todo el país; y ahora era una viuda que se disponía a depositar una gran rosa roja sobre el ataúd que pronto sería incinerado en un enorme horno, con los restos de su marido en el interior.

El estómago de alguien protestó con un gorgoteo que recordó al sonido del agua escapando por el desagüe.

—Perdón —se disculpó el propietario.

Al fondo de la iglesia, la enorme puerta de madera se abrió chirriando y luego volvió a cerrarse con un portazo que no habría desentonado en una película de terror de la Hammer. A continuación, un pronunciado taconeo resonó por el pasillo. Carla advirtió

que la gente se volvía a mirar al recién llegado, pero ella no se movió. No podía ser nadie importante. Ninguno de los presentes significaba gran cosa para Martin. Habían acudido unos cuantos vecinos, incluida Mavis Marple, cuya falta de discreción tal vez estuviera fuera de lugar en un funeral, pero que también era una buena mujer y la amabilidad personificada. También estaba Andrew, el primo de Martin, que había viajado desde Bridlington y al que no habían vuelto a ver desde el día de la boda; y unas cuantas personas que Carla no conocía, seguramente compañeros del club de dardos que su marido frecuentaba; además de un tipo que, a juzgar por su aspecto, debía de ser un vagabundo que se había colado en la iglesia para calentarse. Martin no tenía amigos y no había acudido ninguno de sus colegas de trabajo, lo cual provocaba en Carla un sentimiento de decepción que rozaba el disgusto. Su marido se había dejado la piel trabajando para Materiales de Oficina Suggs y, pese a todo, cuando Carla había llamado a la centralita para informar de su defunción, se habían comportado como si no supieran de quién les estaba hablando. La telefonista le aseguró que le enviaría un correo electrónico al jefe de ventas y anotó el teléfono de Carla, pero nadie se puso en contacto con ella.

Carla articuló en silencio un mensaje a su amiga Theresa. «Ay, ojalá estuvieras aquí.» Theresa se encontraba en Nueva Zelanda con su marido, Jonty, visitando a su hijo. ¿Cómo iba a llamarlos para darles la mala noticia y arruinarles así las vacaciones? Con todo, muy en el fondo, habría deseado hacerlo. Le habría encantado machacarles el viaje a martillazos, porque sospechaba que estaban allí en misión de reconocimiento, con el fin de averiguar qué posibilidades había de mudarse a vivir a aquel país. Su nuera estaba embarazada de su primer hijo y la pareja vivía en un lugar donde todo el año brillaba el sol, así que ¿quién se lo podía reprochar? Por egoísta que fuera la idea, a Carla le habría gustado teletransportar a su amiga a la iglesia para tenerla sentada a su lado, en lugar de tener a Andrew y ese tufo insoportable a pies sudados.

Cuarenta y ocho años es una edad muy temprana para morir. A Carla y a Martin les habían sido arrebatados muchos años de

felicidad en común. Ella llevaba un tiempo ahorrando para invitarlo a un crucero con motivo de su quincuagésimo cumpleaños. Como mínimo, lo había estado haciendo hasta que la despidieron, el mes anterior. Qué injusticia. Martin había trabajado como un mulo; tanto conducir de acá para allá a diario, todo ese estrés para ultimar ventas y cumplir los objetivos. No era de extrañar que hubiera sufrido un infarto masivo. Se enjugó las lágrimas con unos toques de sus guantes negros. El maquillaje manchó la tela. Le daba igual. Como tampoco le importaban los susurros que se extendían tras ella como una ola. En aquel preciso instante, todo le traía sin cuidado. Martin había entrado en el garaje vivo y coleando para trasladar el tocador que Carla acababa de decapar y pintar a mano. «Espera, pesa demasiado —le había gritado ella—. Deja que acabe de preparar el pollo y te ayudo.» Pero él no se había esperado. Había levantado el mueble a pulso y había caído fulminado allí mismo. Su matrimonio se había extinguido de un soplo, igual que una vela de cumpleaños.

—El Sseñor bendiga a Martín Pride para que duerma apaciblemente en Él y encuentre la paz eterna. Amén.

Un coro de «amén» sonó en respuesta.

—Ahora invito a Carla a darle a Martin el último adiós antes de que nos deje para reunirse con nuestro Sseñor en su reino de paz —concluyó el reverendo Duckworth a la vez que tendía el brazo hacia la mujer para invitarla a escenificar su gesto de despedida.

Carla se levantó del banco con debilidad. Estaba destrozada y se sentía como si sus treinta y cuatro años se hubieran multiplicado por dos. Aferrando el largo tallo de su rosa roja como si fuera lo único que la mantuviera en pie, caminó despacio hacia el ataúd y, con delicadeza, depositó la flor sobre la madera.

—Adiós, Martin. Adiós, amor mío.

Tras eso, todo sucedió en un instante. Antes de que nadie más pudiera levantarse, una mujer alta de rostro adusto, ataviada con abrigo negro y zapatos rojos de tacón, agarró la rosa de Carla, la tiró al suelo y colocó su propia flor sobre la caja, una rosa con una corola tan grande como un balón de fútbol. La concurrencia al

completo ahogó una exclamación mientras Carla se volvía a mirarla aturdida. Los ojos de las dos mujeres se encontraron.

—Pero ¿qué... qué haces? ¿Quién eres? —le espetó Carla.

—Soy la esposa de Martín —replicó la mujer de los zapatos rojos—. O, más bien, la viuda.

## 2

—Señora Williams, se lo pido de rodillas. Solo una semana más, por favor. Se lo suplico.

Will Linton se había arrodillado literalmente mientras imploraba a la señora Cecilia Williams del West Yorkshire Bank. Intentaba conseguir algo de tiempo, aunque sospechaba que una semana más no supondría la más mínima diferencia. Había agotado todos los recursos habidos y por haber que hubieran podido evitar el cierre de la empresa y el paro de los trabajadores. El banco, en realidad, se había comportado de un modo ejemplar. Ya le habían concedido dos aplazamientos, en el transcurso de los cuales no se había producido el esperado milagro, por más que hubiera rezado pidiendo uno. Su contable le había advertido que esa vez no cederían a sus súplicas, que lo más inteligente sería dejarlo correr y tirar la toalla, pero Will se sentía en el deber de intentarlo una vez más.

—Lo lamento, señor Linton —dijo la señora Williams en tono firme, pero cálido—. No podemos.

Seguro que aquella mujer era una amante de los animales, además de una buena madre y esposa e incluso una anfitriona agradable con sus invitados, pero, en cuestiones de trabajo, sabía cuándo decir: «No. Hasta aquí hemos llegado».

Will sintió deseos de protestar, pero era consciente de que no conseguiría nada. En el fondo de su mente, oía los compases de Simon y Garfunkel: *Cecilia, you're breaking my heart*. Cecilia, me partes el corazón. Esta Cecilia le estaba partiendo las pelotas. Sin embargo, no se lo reprochaba; la culpa era toda suya.

La enorme empresa constructora Phillips e Hijo había quebrado y se había llevado consigo a Promociones Yorkshire, que, a su vez, había hundido a Techumbres Linton, cuyo director había

sido tan idiota como para jugárselo todo a la carta de Promociones Yorkshire. La cadena de negocios había caído como una fila de fichas de dominó, pero aquello no era un inocente juego de niños. Muchos hombres se iban a quedar sin trabajo; buenas personas, que tenían familias e hipotecas. Will, hasta ese momento, albergaba la intención de retirarse transcurridos diez años, a los cuarenta y ocho como máximo. La jugada de Promociones Yorkshire debería haberle solucionado la vida. Parecía una apuesta segura; se trataba de una empresa sólida como una roca y, durante más de cincuenta años, había sido un negocio lucrativo. Ay, qué ironía.

—Gracias, señora Williams, por haberse tomado tantas molestias. Se lo agradezco muchísimo —dijo con la garganta tan seca como una bolsa de cemento.

—Lo siento —volvió a decir ella, y parecía sincera—. Le enviaré una carta para confirmar nuestra conversación y sugerirle los siguientes trámites a realizar.

Will no dijo nada más antes de colgar el teléfono. No sabía en qué consistían esos trámites. Ahora mismo, ni siquiera se sentía capaz de pensar en ellos. Su mente había erigido un gran muro que contenía las preguntas, los miedos, la confusión, la vergüenza. La pared se derrumbaría de un momento a otro, pero, en tanto siguiera en pie, disfrutaría de la sensación de vacío.

Oyó entrar a alguien por la puerta principal y olió a su esposa Nicole antes de alcanzar a verla cuando esta llegó entre una nube de perfume, una sustancia entre dulzona y nauseabunda que recordaba a limas al chocolate y que ella se aplicaba con tanta generosidad como si fumigara una cosecha. Will odiaba aquel perfume, aunque se había guardado mucho de decírselo. Iba cargada con bolsas de *boutiques*, por supuesto. No la habría reconocido de no haber llevado bolsas en las manos. Todas ellas exhibían marcas impresas: Biba, Karen Millen, Chanel. De hecho, durante un instante no la reconoció; la última vez que la había visto era rubia y llevaba el pelo corto mientras que ahora parecía la maldita Rapunzel.

—Y bien, ¿qué te han dicho? —preguntó ella sin el menor asomo de dulzura en la voz—. Deduzco, a juzgar por tu postura, que nada bueno.

Nicole había dejado caer las bolsas y ahora estaba plantada ante él con los brazos cruzados y un conato de mohín en sus labios artificialmente carnosos.

—Es el fin —respondió Will volviendo el rostro hacia su esposa.

Le habría gustado que caminara hacia él, lo rodeara con los brazos y le dijera que no se preocupase, que lo superarían. En cambio, ella le espetó:

—Mierda.

Parecía furiosa.

—Lo hemos perdido todo, amor.

Will se encogió de hombros y soltó una carcajada amarga.

Nicole sacudió la cabeza a un lado.

—Déjate de «amores» ahora mismo.

Se había puesto extensiones y se había pasado todo el día en la peluquería. Un chorro de champú en el salón del Señor Corleone, de Sheffield, salía por doscientas libras, sobre todo porque Nicole siempre pedía ser atendida por el mejor estilista, el capo en persona. Así pues, partiendo de esa premisa, ¿cuánto le habrían costado esas extensiones? Y a saber cuánto habría gastado en ropa. También era verdad que su padre le sufragaba la visa cada mes. Pese a ser una mujer casada de treinta y dos años, su padre le seguía pasando dinero para sus gastos, aunque Nicole ignoraba que Will estuviera enterado.

—Lo recuperaré. Todo —prometió Will—. Puede que lo haya perdido, pero volveré con más fuerza que nunca. Si dejo que se lo queden todo, la casa, el coche, la empresa, el dinero de las cuentas, evitaré la bancarrota. Volveré a empezar.

Nicole se abstuvo de responder. Se limitó a echarse su nueva melena hacia atrás. Will reparó en la ironía que suponía el hecho de que, como mínimo, uno de los dos hubiera conseguido una prolongación aquel día.



—El año que viene por estas fechas estarás viviendo en una mansión —le aseguró a su mujer, tratando de arrancarle una sonrisa—. Esta casa te parecerá una pocilga en comparación.

Su esposa ni se inmutó.

—Es el final de Techumbres Linton. No puedo hacer nada por evitarlo.

—No seas ridículo. Siempre se puede hacer algo.

¿Ridículo? Ella no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Will no recordaba la última vez que había dormido de un tirón, sin despertar en mitad de la noche bañado en sudor frío de puro pánico. Ni tampoco la última vez que le había sentado bien una comida. Sus niveles de ansiedad rebasaban todas las escalas: se había quedado en los huesos, no podía subir más de cinco peldaños de una escalera sin marearse, y sin embargo su querida mujercita siempre andaba por ahí, sentada bajo un secador, comprando en la maldita Casa Fraser, poniéndose uñas postizas en la punta de los dedos o envuelta en algas como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo. Aquello sí que era absurdo.

—Lo he intentado todo, querida —insistió él, lo cual no era verdad del todo, por cuanto no había intentado una cosa: pedirle un préstamo al padre de Nicole. No obstante, su orgullo estaba a salvo de caer tan bajo, porque sabía que Barnaby Whitlaw antes habría quemado su dinero billete a billete en una barbacoa que prestárselo a un advenedizo tan patético como su yerno.

—Lo recuperaré, amor, te lo prometo —repitió Will.

Nicole no se dignó a responder. Se limitó a recoger las bolsas y a encaminarse a su vestidor del piso superior tambaleándose sobre los tacones de sus Christian Louboutin de suelas rojas.

### 3

El reverendo Duckworth cerró la puerta de la sacristía. Dejando allí a las dos mujeres, volvió a la iglesia para pedir a la congregación que tuviera paciencia y esperara. En los cuarenta años que llevaba ejerciendo de pastor, había presenciado muchas cosas raras; sin embargo, aquella situación carecía de precedentes, incluso para él. Había visto a exparejas irrumpir en bodas con ansias de venganza e incluso había asistido a una disputa en mitad de un bautizo sobre la paternidad de una criatura, pero jamás se había encontrado en la tesitura de que una segunda viuda se presentase en un funeral.

En el interior de la sacristía, Carla solo podía pensar una cosa: «La gente estará esperando el convite». Su mente únicamente se sentía capaz de afrontar aquel tipo de problemas. No podía enfrentarse con la mujer que tenía delante enfundada en un abrigo negro acampanado y tocada con una enorme pabela. La desconocida era mayor que ella, unos diez años, calculaba, y su atuendo debía de costar el equivalente a seis meses del antiguo sueldo de Carla; pese a todo, las elegantes prendas no lograban disimular la ordinariez de la mujer, que se reflejaba en sus duras facciones y en el timbre cascado de su voz.

—Deduzco que desconocía mi existencia, pues —dijo la desconocida. Entretanto, con aires de marquesa, se quitaba dedo a dedo los guantes negros y brillantes, un gesto delicado que contrastaba con su postura desafiante.

Carla quiso decir que no, que no tenía ni idea, pero fue incapaz de articular palabra. Quería llorar, pero tenía los ojos tan secos como la garganta, las lágrimas congeladas por efecto de la impresión.

—Permítame que me presente entonces. Soy Julie. Julie Pride. Desde hace treinta años. La señora de Martin Pride, para ser exactos.

Las piernas de Carla empezaron a temblar como si alguien hubiera sustituido sus recias extremidades por las delicadas patitas de un cervatillo recién nacido. Se desplomó en una silla junto a la gran mesa rectangular que constituía la pieza central de la estancia. La situación parecía sacada de una obra burlesca. En cualquier momento aparecería la típica viuda Twanky de las comedias para unirse a las dos viudas Pride.

—No entiendo nada —dijo Carla. Más que desconcertada, estaba hundida—. No puedes ser la esposa de Martin. Lo habría sabido. Llevo casada con él... —Se interrumpió un instante, mientras recordaba la ceremonia en la que había contraído matrimonio con su marido, vestida de blanco, ante el mismo altar en el que ahora descansaba su ataúd. Una ceremonia legal, con toda la parafernalia: habían firmado el registro y pronunciado los votos, nadie había declarado impedimento alguno... Inspiró profundamente y prosiguió—: Llevo diez años casada con él.

—No, no es así —le espetó Julie a la vez que doblaba los guantes y los guardaba en el rígido bolso de mano que llevaba consigo. En la zona del broche, el delicado bolsito lucía la ce doble de Chanel—. Eso pensabas, pero no. Rompimos poco después de casarnos, pero nunca llegamos a divorciarnos. En aquel entonces no teníamos dinero para hacerlo y supongo que luego se nos olvidó.

«¿Se les olvidó?», pensó Carla. Uno olvida enviar una carta, olvida comprar leche..., pero no olvida divorciarse.

—Ya sé lo que estás pensando —prosiguió Julie con dignidad. El bolso hizo un chasquido al cerrarse—. No es normal que alguien olvide divorciarse. Supongo que a los dos nos daba pereza, si te soy sincera. Desapareció de mi pensamiento hasta que volví a verlo hará cosa de un año, en Leeds. Me quedé patidifusa. Fue como si nos hubiera atravesado un rayo. En las revistas femeninas hablan de cosas así, pero nunca crees que te vayan a pasar a ti. Hasta que te suceden. Fuimos a tomar un café y la vieja chispa volvió a prender. ¿Quién iba a pensarlo?

Se rio para sí como si el recuerdo le hubiera provocado un cosquilleo.

Carla negó con un movimiento de la cabeza. ¿Había oído bien? ¿En serio? ¿Su marido se había estado viendo con otra mujer..., con su verdadera esposa, a sus espaldas, a lo largo de todo un año? ¿De dónde demonios había sacado el tiempo? ¿O las fuerzas? El mero gesto de sacar la leche de la nevera le arrancaba soplidos de agotamiento.

—No lo entiendo —dijo Carla. En su mente se agolpaban tal cantidad de preguntas que en cualquier momento le saldrían por las orejas, volarían por la habitación y romperían la vidriera que, en la pared, retrataba la escena de la pecadora lavándole los pies a Jesús—. ¿Cuándo os veáis?

—Pasaba los días laborables conmigo, claro —repuso Julie al tiempo que se toqueteaba la parte trasera de su amarilla melena empapada de laca—. La verdad es que agradecía el descanso que me proporcionaban los fines de semana.

—¿Descanso?

—Del sexo.

Carla estaba atónita. No podían estar hablando del mismo hombre. Martin siempre estaba demasiado cansado. Podía contar con los dedos de una mano, sin recurrir al pulgar, la cantidad de veces que su marido y ella lo habían hecho a lo largo de aquel último año.

—No soy boba —dijo Julie, que ahora se miraba la laca de uñas rojo frambuesa—. Cuando decidimos volver a estar juntos, me prometió que no volvería a hacerlo contigo, pero yo ya lo conocía. Su apetito en ese aspecto era desmedido, así que me prometí a mí misma que no me disgustaría. Al fin y al cabo, los hombres tienen sus necesidades.

Hizo una mueca que dejó sus dientes a la vista, y Carla advirtió cuán blancos y perfectos los tenía. Una estética dental por valor de miles de libras, de la que cualquiera de los hermanos Osmond, del grupo de música, se habría sentido orgulloso.

—¿Estás segura de que hablamos del mismo Martin Pride?

—preguntó Carla—. No reconozco al hombre que me estás retratando.

—Martin Roland Pride, nacido el trece de enero.

—Que trabajaba como representante de ventas de...

—No trabajaba —lo interrumpió Julie—. Al menos, dejó de hacerlo cuando le tocó la lotería.

El cerebro de Carla sufrió un cortocircuito.

—¿Cómo?

Julie enarcó sus cejas tatuadas y una sonrisilla se extendió despacio por su rostro.

—Ay, ¿tampoco te contó eso?

Carla enterró la cara entre las manos. La sorprendía seguir siquiera en posesión de una cabeza, por cuanto sentía como si le fuera a estallar en cualquier momento.

—Martin y yo ganamos un milloncito de nada en la lotería, hace nueve meses —declaró Julie con afectada satisfacción—. Aquel mismo día, le dijo a Suggs que se metiera su trabajo en el culo. —Entornó los ojos—. No te hagas ilusiones. Está todo a mi nombre.

Carla alzó la cara de sopetón.

—Pero si cada lunes se marchaba de casa y por las noches me llamaba desde un hotel...

Julie se rio con ganas.

—Puede que se marchara cada lunes por la mañana, cielo, pero desde luego no te llamaba desde ningún hotel.

Carla se tapó los ojos con las manos para impedir el paso de la luz, para impedir el paso de cualquier sensación mientras intentaba entender el sentido de todo aquello. Martin no era tan retorcido. Llevar una doble vida como la que esa mujer le estaba describiendo requería un nivel de astucia que él jamás habría podido alcanzar: era demasiado cándido. Cada lunes por la mañana, Martin partía pertrechado con una maleta de ropa limpia y planchada para toda la semana. Cada noche, telefoneaba desde Exeter o Aberdeen o dondequiera que Suggs lo hubiera enviado a vender papel. Esas noches, le decía que el hotel no estaba mal, nada del

otro mundo, pero que iba a comer algo y a dormir de un tirón. Ella nunca dudó de su palabra, jamás tuvo motivos para hacerlo. Y los viernes, cuando volvía a casa, le entregaba una exigua suma de dinero para los gastos domésticos. Nunca quedaba nada para ahorrar. Habían congelado los sueldos, le decía. ¿Y llevaba todo aquel tiempo guardando debajo del colchón su parte de un millón de libras?

No. Carla no se lo tragaba. De haber tenido algún dinero, su marido habría salido corriendo a comprarse el nuevo iPhone, de eso estaba segura. Cuando Martin murió, Carla le había sacado el móvil del bolsillo de la chaqueta; era un Asda, que no debía de costar más de diez libras. Y cuando echó un vistazo a los contactos, solo encontró unos cuantos: Domino's Pizzas, el chino El Pato Feliz, Andrew, el teléfono del trabajo, el de la propia Carla, pero nada que lo relacionase con Julie, ni siquiera un mensaje de texto.

—Te dejaré tiempo para que recojas tus cosas antes de abandonar la casa, claro. Te puedes quedar los muebles —dijo Julie—. ¿Tendrás bastante con un mes?

—¿Qué? —preguntó Carla.

—La casa. Ahora es mía.

—¿Mi casa es tuya?

Era el turno de Carla de echarse a reír, pero Julie no sonreía. Sus cincelados rasgos habían adoptado una expresión implacable.

—La casa de Martin. Está a su nombre, según tengo entendido. A nombre de mi marido.

Tenía razón. La casa estaba a nombre de Martin. La había heredado de su madre el año que Carla lo conoció y nunca se habían molestado en cambiar el nombre del titular de la escritura ni en hacer testamento. Al fin y al cabo, no tenían hijos y lo que pertenecía a Martin también le pertenecía a ella, siendo como eran un matrimonio..., aunque, por lo que acababa de descubrir, no lo eran.

La frase que Julie pronunció a continuación le revolvió el estómago a Carla:

—Esa casa es la legítima herencia de nuestro hijo.

*Hijo. Nuestro hijo.*

—¿Tienes un hijo? —farfulló Carla—. ¿De Martin?

—¿Y qué crees que es esto si no? ¿Gases? —preguntó Julie mientras se desabrochaba los dos botones del abrigo para mostrar una prominente barriga—. Estoy de cinco meses. Y sí, es de Martin. Y jamás se conocerán por culpa tuya y de tu puto tocador.

El Martin de Carla afirmaba no querer hijos. Y como lo amaba, ella había sacrificado su deseo de ser madre por la voluntad de él de no ser padre.

Entre lágrimas, advirtió que Julie estaba disfrutando con cada nueva puñalada. Era una actitud malsana, cruel.

—Todo esto te divierte, ¿verdad? ¿Por qué? Yo no sabía nada de ti.

Los ojillos de Julie se endurecieron.

—Porque debería haber muerto a mi lado, no al tuyo. Porque de no haber estado trasladando de acá para allá tus destartalados muebles, no habría sufrido un puto infarto y no me habría abandonado. Porque tú organizaste el funeral, y no yo. Porque tuve que enterarme de la muerte de mi marido por la maldita prensa de ayer.

Volvió a abrir el bolso, sacó una página cortada del *Daily Trumpet* y procedió a leer la noticia en voz alta.

—«Vendedor de artículos de oficina muere repentinamente mientras trasladaba un mueble recién pintado del garaje al interior de la casa.» ¿Te parece lo suficientemente conciso como titular?

Carla contuvo la respiración.

—Ni siquiera sabía que hubieran publicado la noticia de su muerte en la prensa.

—Indicaron mal tanto la hora del funeral como el nombre de la iglesia. Dijeron que Martin tenía setenta y cuatro años. Y que su doliente viuda se llamaba Karen. Me he pasado toda la mañana contactando con iglesias y tanatorios para averiguar qué diablos estaba pasando.

Se enjugó la lágrima que le caía por el rabillo del ojo izquierdo y, a pesar de todo lo que acababa de descubrir, Carla sintió que la

inundaba una oleada de compasión por la mujer. Si lo que decía era verdad, ella también acababa de sufrir un golpe terrible.

—Julie...

El tono compasivo arrancó un gruñido a la otra, que le clavó un dedo a Carla. Ya se había sobrepuesto a su momentánea pérdida de compostura.

—No te atrevas a compadecerme. Y no te creas que te vas a quedar con las cenizas. Son mías. Era mi marido y me las voy a quedar yo.

Dicho eso, Julie Pride y su elegante bolso negro, su abrigo acampanado y sus descarados zapatos rojos abandonaron la sacristía entre taconeos para recorrer el pasillo de la iglesia con paso enérgico. Carla advirtió cómo el sonido se iba alejando, oyó cómo la pesada puerta del templo se cerraba de un portazo y solo entonces se dio cuenta de que su cuerpo no tenía la menor idea de cómo reaccionar.